

Esteban Martín

Savnada

La corona de Alejandro



edebé

La corona de Alejandro

SANADA

La corona de Alejandro

Esteban Martín

edebé

© Esteban Martín, 2015

© Edición: EDEBÉ, 2015

Paseo de San Juan Bosco 62 (08017 Barcelona)

www.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41 contacta@edebe.net

Dirección Editorial: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

Producción: Elisenda Vergés-Bó

Diseño: Els Altres

1.ª edición, febrero 2015

ISBN 974-84-683-1300-9

Depósito Legal: B. 25288-2014

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A mis hijos, Olga y Ángel.

Nacido entre nosotros,
un día llegará el elegido.
Su origen tendrá donde se pone el sol.

Cabello de oro,
espíritu rebelde,
corazón de dragón.

Dos maestros le iniciarán
en el camino del bushido:
lealtad, justicia, sacrificio y honor.

Blandirá la Espada Legendaria
frente a aquellos que alzaron sus armas
contra el Emperador.

Honor y gloria abrirán
el filo de su katana
contra el camino del akado.

La Tierra del Crisantemo
devolverá a su dueño
y emprenderá su propio viaje.

ÍNDICE

1. El canto de las dunas	11
2. Changan	17
3. En busca de Oyuki	31
4. Dai-Setschen	37
5. Uzbek	43
6. La princesa Burte	51
7. Un infame comercio	59
8. El caravasar de los esclavos	67
9. Una acalorada discusión	73
10. En manos de Uzbek	79
11. El trato	83
12. Los Allghoi	89
13. Tulpa	97
14. En marcha	103
15. Demasiados acontecimientos en una sola noche	107
16. Meena, la pantera de las nieves	113
17. Un banquete sangriento	119
18. La caravana	123
19. A sangre y fuego	131
20. Kottravai	135
21. En ruta hacia Kashgar	139
22. Altangatufun	143
23. La furia de un tulpa	149
24. Un siniestro collar	153
25. Un sinfín de malas noticias	157

26. Shilin Yi	159
27. La ciudad de Alejandro	163
28. Sanada contra Sanada	171
29. La batalla	179
30. Rompiendo el maleficio	185
31. La partida	189

El canto de las dunas

La tormenta de arena les sorprendió. Sanada y Oyuki no supieron interpretar las señales de alarma que lanzaron los camellos, acostumbrados a los peligros e inclemencias del desierto.

Se trataba de dos buenos ejemplares de camellos bactrianos, de dos jorobas, adaptados a las temperaturas extremas del desierto y a las montañas de la Ruta del Sur. Eran más pequeños y resistentes que los camellos corrientes; tenían un pelo largo y robusto que les crecía durante el invierno, doble párpado y la capacidad de cerrar los orificios nasales para impedir la entrada de la arena del desierto.

Los camellos, cuando está a punto de producirse una tormenta, braman y entierran su hocico en la arena. Patean el suelo, levantan la arena con sus patas y se protegen instintivamente la cabeza en cuestión de minutos, todo lo cual indicaba a los camelleros de la inminencia de vientos fuertes y repentinos.

Eso fue lo que Sanada y Oyuki no supieron interpretar.

Desde que abandonaron la rica ciudad de Changan habían atravesado anchos y fértiles valles entre altas montañas cubiertas de espesas y oscuras nubes. Vadearon tumultuosos ríos en cuyas orillas habitaba gran cantidad de grullas y, en los islotes que se elevaban en los centros de los ríos, infinidad de patos salvajes empollaban sus huevos. Inmensas bandadas de gaviotas grises emprendían el vuelo en cuanto avistaban los camellos.

Algunas jornadas después, a medida que se aproximaban al desierto, los verdes prados se hicieron cada vez más escasos; peñascos negros, cubiertos de un musgo amarillento que parecía orín, se elevaban frente a ellos. Las montañas eran más bajas y las rocas desnudas cubrían todo el terreno. En los desfileros rugía un viento tan fuerte que parecía el sonido de cientos de montañas chocando entre sí, incesantemente. Entonces avanzaban lenta y trabajosamente, casi palmo a palmo, protegiéndose el rostro mientras tiraban de las riendas de los camellos, que se negaban a proseguir la marcha en tamañas condiciones. En más de una ocasión los fuertes vientos estuvieron a punto de despeñarlos. Constantemente tenían que subir nuevas colinas y, después, estar muy atentos en el descenso, resbaladizo, accidentado y agreste.

Dejaron los árboles muy atrás y, ante ellos, se abrieron bastas extensiones cubiertas de plantas reptantes, brezos y espinos, y donde la mísera hierba era raquítica.

Pasaban las noches en las orillas de los lagos, cada vez más escasos, donde los camellos aún podían encontrar un menguado pasto, mientras ellos se procuraban algo de caza para la cena.

En dos jornadas más de viaje, las estepas quedaron atrás, así como los rocosos montes pelados. Un suelo negro y pedregoso, de piedras calcinadas. Y finalmente, ante ellos se abrió el impresionante desierto: extensas fajas de arena y dunas movilizadas por fuertes vientos.

—Nos queda lo peor —dijo Sanada señalando hacia delante.

—Sí, esto no ha hecho más que comenzar —contestó Oyuki.

No sin prevención, con lenta y minuciosa paciencia, entraron de lleno en el desierto del Gobi, mientras un sol implacable, que bajaba de un cielo sin nubes, les amenazaba con insalvable precisión. La arena era como la plancha de un inmenso horno. La noche era peor. En cuanto se ocultaba el sol, la temperatura bajaba de una forma tan rápida que les hacía tiritar de frío. Afortunadamente disponían de gruesas prendas de abrigo

que les había proporcionado el comandante del puesto de Changan. Aun así, el viento hacía penetrar la arena por todas partes y, en cuanto amanecía, el picor, unido al intenso calor, era insufrible.

A los dos días de haber empezado a cruzar el desierto del Gobi, llegaron a la conclusión de que era mejor avanzar de noche y descansar durante el día al abrigo de alguna de las grandes dunas. Levantaban la tienda y ocupaban el interior para resguardarse del sol que, durante las primeras jornadas, había achicharrado sus cabezas. Permanecían muy quietos, ahorrando fuerzas y energía para utilizarlas durante la noche y procurando no beber en exceso. Tenían una gran provisión de agua, pero no convenía fiarse, pues sabían que aún les faltaban muchas jornadas para llegar a la ciudad de Anxi; habían dejado atrás Lanzhou, la Fortaleza de la Hoja de Hierro, el gran lago Koko-Nor, la tierra de los tunguses en el desierto de Ordos y el último tramo de la Gran Muralla en la ciudad de Guazhou. Por otra parte, era mucho mejor refrescarse por la noche, pues el intenso frío les impedía sudar.

Desde que abandonaron Changan, rehuyeron todo contacto con las poblaciones de lugares mencionados, así como con las tribus nómadas que encontraron al paso, ya que no sabían si serían bien recibidos y consideraron que era mejor evitarse problemas.

Después de una larga y fría noche de marcha, el sol se elevó lentamente, amenazador y plomizo. Era el momento de detenerse, montar la tienda y descansar hasta la caída de la tarde. Por las noches se orientaban merced a una cajita redonda de bronce con una flechilla imanada en su interior.

—Os servirá para orientaros. Siempre marca el Norte y vosotros debéis dirigiros continuamente hacia el Oeste. Es una brújula y evitará que os perdáis en el desierto —les había dicho el comandante del puesto de Changan cuando les entregó tan singular instrumento, que tanto Sanada como Oyuki desconocían.

Sanada descendió de su camello y sacó la tienda para mon-

tarla. El camello se inquietó, empezó a bramar y hundió el hocico en la arena. El camello de Oyuki hizo lo mismo. Los caballos también estaban inquietos.

—¿Qué les pasa a los camellos?

—No lo sé —contestó Oyuki a su hermano adoptivo.

—¿Qué sucede, Rai? —dijo Sanada acariciando a su caballo, que se encontraba unido al camello por una larga cuerda.

Fue entonces cuando las dunas empezaron a cantar quebrando el silencio del desierto. Al principio era un sonido casi imperceptible y que, poco a poco, fue en aumento. Las dunas más cercanas, por la acción del viento, habían empezado a chocar entre sí, produciendo el extraño sonido.

Rai miraba a lo lejos, encabritado.

—¿Qué es eso? —exclamó Sanada asombrado.

A unos cientos de metros vieron una gran masa de arena que se les venía encima. Era como una inmensa y gigantesca ola que nublaba el cielo y avanzaba hacia ellos.

—¡Tormenta de arena! —gritó Oyuki señalando la lejanía.

—¡Rápido, tenemos que resguardarnos!

Sanada empujó las riendas de su camello, que se negaba a obedecer. Su primer impulso fue correr, pero la montaña de arena avanzaba tan deprisa que hubiera sido inútil.

—¿Dónde? —exclamó Oyuki.

—Detrás de las dunas, deprisa —respondió su hermano.

Era imposible. El viento se desplazaba a gran velocidad, arrastrando todo cuanto encontraba en su camino. También las dunas avanzaban hacia ellos, fusionándose, aumentando de tamaño, azotándolos.

Se ocultaron detrás de una duna muy alta, pero, al poco, la duna había desaparecido, deshaciéndose sobre sus cabezas y ocultando el cielo.

La tormenta los había alcanzado. Se encontraban a merced de un viento huracanado. No podían ver nada, rodeados de arena por todas partes. Los camellos desaparecieron, al igual que Rai y el caballo de Oyuki.

Los dos hermanos se taparon la cara, la arena era como un

inmenso látigo que les golpeaba por todas partes y que casi les impedía respirar.

–¡Cúbrete, Oyuki! –dijo Sanada aferrándose a ella–. Y sobre todo no te separes de mí.

Tenía miedo de perderla, de que desapareciera al igual que todo cuanto había a su alrededor.

Pero la tormenta terminó por separarlos.

Sanada rodó como una pelota sobre la arena del desierto y, cuando intentó incorporarse, Oyuki ya no estaba.

Empezó a gritar su nombre.

–¡Aquí, estoy aquí! –contestó Oyuki.

Su voz sonaba muy cerca, como si realmente la tuviera al lado. Sanada extendía los brazos intentando dar con ella y era como jugar a la gallinita ciega.

–No dejes de gritar.

–Ni tú tampoco.

–Te encontraré.

–Yo también.

Pero las voces de ambos se alejaban más y más.

–¡Oyuki!... ¡Oyuki!... ¡Oyukiiiiiii!

Era inútil. Solo se oía el rugir del viento y el siniestro canto de las dunas.

Sanada chocó contra algo y cayó al suelo. Sus manos, mientras la arena le hería, buscaron desesperadas, intentando concretar la forma junto a la que se encontraba. No podía ver nada, pero sin duda se trataba de uno de los camellos. Se acurrucó contra él, antes de ser golpeado en la cabeza y perder toda noción de tiempo y espacio.

En un breve instante, antes de perder la consciencia, sintió que se hundía en el abismo.

